

agitacion, síntoma de la guerra civil y de la anarquía de casi medio siglo que lo devora. «Porque nadie pudo insultar á Dios ni revelarse contra él sin acarrear sobre sí los efectos de su ira.»



CAPITULO XXX

Influencia perniciosa de los Estados Unidos. — Logias Yorkina y Escocesa. — Sus tendencias desorganizadoras. — Pretensiones injustas. — Invasion armada y su resultado. — Espectáculo terrible. — La América española contempló impasible amenazada su nacionalidad. — ¿Puede convenir á Méjico su anexion á los Estados anglo-americanos? — Ilusiones de muchos.

Un poderoso elemento de revolucion y de trastorno han tenido en Méjico los conspiradores para mantener vivas las agitaciones políticas y consumir en el incendio inmenso de la guerra civil mas encarnizada, la nobleza y el patriotismo que distinguen el carácter de los mejicanos. Tal ha sido la influencia de los Estados Unidos de la América del Norte. Sea porque en una república rica, poblada con ocho millones de habitantes y con un territorio capaz de contener treinta millones mas, divisasen los anglo-americanos un rival poderoso, ó sea porque el sentimiento y las opiniones de la nacion mejicana imponian á su gobierno una marcha diametralmente opuesta á la que proclamaba el de los Estados Unidos, el hecho

es que la influencia de estos contribuyó en Méjico á la propagacion de las doctrinas revolucionarias mas exaltadas. En cualquier territorio de la América española estas equivalian á proclamar la anarquía, porque se encontraban en pugna con el sistema de gobierno que durante tres siglos habia regido todo aquel vasto continente; no obstante, el agente diplomático de aquella república en Méjico no tuvo dificultad para ponerse á la cabeza de una gran logia democrática que sabia ocultar diestramente sus pretensiones bajo los programas mas bellos y favorables á la felicidad pública. No tardaron en oponerse á esta logia del ministro anglo-americano otras, presididas por hombres influyentes y que en política disentan completamente del partido americano. Todas se multiplicaban, y desvanecidos los temores que inspiraron al principio se les fueron incorporando los hombres mas respetables por su conducta y que mayor aversion habian mostrado á los que el vulgo distinguia con el nombre de masones.

La logia yorkina propagaba las doctrinas democráticas y en ella estaban afiliados los que por su condicion social pertenecian tambien á la democracia; la logia escocesa contenia hombres de posicion mas ventajosa que su rival y que parecian dispuestos á reprimir los desmanes de aquella. En estos grandes clubs se elaboraron sin cesar todas las desgracias que como impetuoso torrente inundaron la infeliz patria de Motezuma. No descenderemos á pormenores que no entran en el plan de nuestro libro, para manifestar hasta dónde se extendió el influjo de tales sectas y hasta dónde fué

tambien funesto para la autoridad que toleraba y á veces simpatizaba con los hombres que las dirigian.

Las tendencias de ambas fueron siempre desorganizadoras. Sus prohombres se disputaban el influjo en los negocios públicos, y para conseguirlo tramaban incessantemente trastornos que hacian pasar el poder de unas manos en otras. En las elecciones de representantes para el congreso general y para las asambleas de provincia; en los nombramientos de magistrados para los altos tribunales, y de empleados para servir los primeros destinos de la nacion, los candidatos de las logias tenian ordinariamente la preferencia en los consejos de gobierno. De este modo su influencia llegó á ser un verdadero poder que daba á la república el impulso que convenia á los intereses de un círculo político. Como las ramificaciones de estos dos grandes clubs se extendian en las provincias y la yorkina principalmente contaba prosélitos á millares entre la clase média, mas numerosa y mas atrevida que las otras, no fué difícil á sus jefes preparar la opinion en favor de la anexion de Tejas á los Estados Unidos anglo-americanos. El mundo todo vió con escándalo á estos hacer tentativas para apoderarse de una parte del territorio mejicano; segun su propósito, el vastísimo Estado de Tejas debia ser emancipado de la autoridad mejicana y formar una nueva república ó anexarse á la Confederacion norte-americana. El plan se puso en ejecucion, y Tejas, teniendo á la cabeza un general anglo-sajon, realizó su independenciam en la batalla de San Jacinto; mas, molestada sin cesar por Méjico, concluyó por anexarse á los Estados Unidos del

Norte. Un ejército, quizá el mas florido y numeroso que se ha visto en aquellos lugares, teniendo á su cabeza un general mejicano de nombradía, se empeñó en someter de nuevo á la hermosa Tejas; pero los Estados Unidos no habian trabajado en vano cuando establecian sus logias de Méjico y cuando fomentaban la revolucion y la anarquía en todas las provincias del imperio de Motezuma y de Iturbide. Tejas era el primer fruto de su trabajo y no se mostraron perezosos para recogerlo. El ejército venido de los Estados Unidos en auxilio de Tejas penetró triunfante hasta la capital de la república y enarboló su bandera en el palacio mismo de gobierno. Este hecho, único en la historia de la América, al mismo tiempo que pone de relieve la política torcida é injusta de los Estados Unidos con respecto á Méjico, manifiesta hasta dónde influyen las discordias intestinas para hacer débiles y minar las naciones. Un ilustre mejicano que deploraba los males infinitos de su patria, escribia en aquella época: « La opulenta ciudad que á costa de tanta sangre mejicana conquistara ahora un cuarto de siglo la independendencia, ha sido conculcada por invasores extranjeros, y en periódicos publicados en ella bajo sus auspicios, han podido leer los mejicanos lo que sigue: « El valor de nuestras armas, « protegidas por Dios despues de muchos gloriosos combates, ha hecho tremolar el pabellon de nuestro país « en la capital de Méjico y en el palacio de su gobierno. « Cuando sea bien conocido el muy reducido cuerpo de « tropas que ha acabado tan brillantes hazañas, se llenarán « de asombro el mundo y de admiracion y gozo nuestros

« conciudadanos. — Esta espléndida capital, sus templos « y su culto religioso, sus conventos, sus habitantes y « propiedades, quedan desde hoy bajo la especial protección de la buena fe y el honor del ejército americano!!!... W. Scott. » Para que un puñado de extranjeros poco aguerridos y que combatian por la mas impopular é injusta de las causas, hayan logrado enseñorearse, sin dificultad, de ocho millones de mejicanos, fuerza es que haya intervenido decreto sobrehumano. — Raros ejemplos, por cierto, ofrecen los siglos de una enseñanza tan elocuente y tan terrible como la que presenta actualmente Méjico. Porque ha sido mas que suficiente la vida natural de una sola generacion para asistir al nacimiento y á la muerte de un Estado cuyo advenimiento á la gran familia de las naciones fuera saludado con vivos y generales aplausos (1). » Estas pocas líneas en que un ciudadano lleno de luces y de sensatez pintaba al vivo la desolacion y muerte de su patria dejan conocer la extension de los males que sufría aquella infeliz república.

¡Espectáculo terrible el que presenció entónces el universo entero! La nacion mejicana, jóven, robusta y vigorosa, era presa de unos pocos aventureros; sus soldados volvian cara batidos por reclutas, y sus tesoros eran el botin prometido por los clubs de Nueva York á los vagos que voluntariamente se alistaban en los cuerpos expedicionarios contra Méjico. Pero esa nacion tenia grandes faltas que expiar: en las logias se conspiraba constantemente contra la creencia del pueblo; miembros

(1) S. D. José María Gutierrez Estrada, *Méjico en 1840 y 1847*.

del congreso traicionando la fe de los ciudadanos que los habian elegido, se prestaban á servir de órgano á los conspiradores. La nacion escuchó horrorizada en boca de un diputado llamar « farsa » á Jesucristo, y ese diputado no hacia mas que repetir lo que tantas veces habia oido en el secreto de las logias : la Iglesia habia sido humillada en los obispos y en los sacerdotes, en su culto y en su propiedad, y el largo proceso que formaban todos estos crímenes recibia el fallo solemne que con letras fatídicas escribia el dedo de Dios. Se fulminaba contra Méjico la sentencia tremenda que entregaba á un pueblo en manos de un conquistador afortunado, y el *Mane Thecel Phares* que anunciaba la próxima disolucion del imperio mas poderoso y floreciente que conocieron los siglos primitivos, se reproducia con caractéres sombríos en los sucesos que se realizaban en el territorio mejicano, ocasionando la destruccion de la república mas grande entre cuantas nacieron de la España. « Y la Providencia no quiso para castigar el orgullo de ese pueblo servirse de los llamados « déspotas de Europa, » sino que para confundir su presuncion bastó un puñado de aventureros sin mas condicion de triunfo que su valor y la impotente arrogancia del vencido (1). » Digase que somos ilusos, que somos entusiastas, que nuestra imaginacion nos arrebatara cuando esto escribimos ; pero si los sucesos hablan de un modo mas claro y elocuente que todas nuestras palabras, ¿ podremos merecer acaso tales epitetos ?

Para los hombres que piensan no era ménos formidable

(1) Méjico en 1840 y 1847.

otro espectáculo que ofrecia entónces la América entera. La raza anglo-americana se lanzaba del norte hácia el sud del Nuevo Mundo, lleno su espíritu de esas ideas de conquista que siempre la preocupan : los aventureros que poco ántes llegaban á Tejas mendigando un pedazo de terreno que cultivar, ahora con armas en mano lo ocupaban por fuerza, de modo que lo que ántes pedian por gracia, lo arrebataban despues con violencia á su legitimo dueño. Un pabellon extranjero tremolaba en la capital de la república llamada á marchar á la cabeza de todas sus hermanas, y el puesto avanzado de la familia hispano-americana, mal defendido por los encargados de guardarlo, era presa de un enemigo de raza, de religion y de costumbres. Una protesta de esas repúblicas, una reclamacion dirigida por todas ellas á Europa solicitando su apoyo, aun cuando este fuese nada mas que moral, en defensa del derecho internacional violado injustamente á la faz de todo el mundo, hubiera sido oportuna, pues de esta manera habrian llenado los Estados sud-americanos con sus hermanos de Méjico el deber que les impone la comunidad de origen y de intereses. Mas cuando el porvenir de todos los Estados de origen español se encontraba seriamente comprometido por la guerra y ocupacion de Méjico, solo uno de aquellos mostró esa actitud noble é imponente que toman los pueblos cuando ven injustamente conculcados sus derechos que conocen y comprenden. La pequeña república de Guatemala fué la única que en aquella circunstancia levantó su voz para protestar enérgicamente contra el ultraje y la violencia de que era víctima Méjico ;

pero su voz noble, desinteresada y generosa, sin producir eco en ninguna otra, pareció haberse perdido entre el ruido infinito que causan las ondas inmensas del Pacífico. Sin embargo, la causa era comun, lo repetimos, y si Méjico sucumbia el primero bajo el peso del coloso, esto era debido á que ocupaba tambien por su situacion el primer puesto en el combate que todos los otros Estados habrán de sostener mas ó ménos presto. La América española abandonaba á su infausta suerte al desgraciado Méjico, obrando como obraria el general que, viendo caer sus avanzadas heridas por el enemigo, se conservara tranquilo sin ejecutar en su ejército los movimientos que imperiosamente exigen las circunstancias. Esta falta de union que deja aisladas y como entregadas á sus propias fuerzas á todas las repúblicas hispano-americanas, es uno de los grandes males que las trabajan, y el principio á la vez de la debilidad que las hace incapaces de resistir una agresion extranjera cualquiera que sea. Los hombres que concibieron el vasto plan de hacer independiente la América, concibieron ademas el de unir todos esos grandes territorios que la independencia llamó « repúblicas » en una confederacion que las pusiese en estado de defenderse mutuamente. Este pensamiento fecundo en consecuencias felices para el porvenir de aquellos países les preocupó, pero sin poder realizarlo por los infinitos obstáculos que presentaba cada dia la situacion insegura en que las agitaciones políticas colocan allí todos los negocios.

Quando los Estados Unidos hubieron asegurado la posesion de Tejas y con vergonzosa humillacion del honor

mejicano tenian en su poder la capital de la república, dieron mayor extension á sus proyectos ambiciosos y quisieron tambien poseer la California en compensacion de los gastos hechos en la guerra contra Méjico. Entre el preso y el que lo retiene no hay lugar á grandes discusiones, y esta era la situacion de Méjico al frente de los norte-americanos. La voluntad de estos fué ley, y la rica California siguió la suerte de la hermosa Tejas. ¡ Véase hasta dónde llegaron los efectos de los clubs! ¡ Caros y muy caros fueron ciertamente! ¡ caras y muy caras tambien las consecuencias de los proyectos y de las doctrinas esparcidos por ellos! ¡ Ojalá que los pueblos americanos aprendan en tan dolorosas lecciones á obrar con mas cordura y madurez!

Mas estos sucesos, por muy lamentables que sean, no fueron el único fruto que produjeron aquellas asociaciones. Esparcieron por toda la república una semilla que tarde ó temprano ha de poner en peligro la nacionalidad mejicana; y no son ilusiones, ni son vanos temores los que nos hacen expresarnos de esta manera, cuando vemos que existen en Méjico tantos hombres sin patriotismo que pretenden renunciar á su raza, á sus costumbres, á su nacionalidad y hasta á su fe, para aumentar con la opulenta Méjico el número de los Estados anglo-americanos. El gobierno de estos que, fundando primero por medio de su representante diplomático las sociedades secretas, promovió en Méjico la division, la guerra civil y la anarquía, que usurpó luego Tejas y la California y pretendió despues apoderarse del vasto territorio de Sonora, no renuncia á su deseo de absorver toda la nacion. Mas

siendo difícil la ejecución de este pensamiento por ahora, se contenta con preparar el terreno para que produzca el fruto en una época no distante de la actual. Con este fin se empeña en propagar las ideas más disolventes, en proteger por cuantos medios están á su arbitrio á los pocos partidarios descubiertos que existen de la anexión, en mantener la república en perpetua anarquía fomentando descaradamente las revoluciones, y en hacer, en fin, sentir su influencia para impedir que el país se constituya definitivamente.

Nada de esto debe sorprendernos, si consideramos que el espíritu de conquista es inseparable de todos los países nuevos, que gozan de prosperidad y se sienten fuertes y robustos como el joven en la lozanía de sus años. Pero si admira que la absorción de la república mejicana, la desaparición de su nombre del catálogo de las naciones, la total muerte de su raza, de sus costumbres y de su vida política, nada de esto valga para los que sirven de instrumento á las maquinaciones de un gobierno extranjero. No advierten estos que el proyecto de aquel envuelve la necesidad de transformar á los mejicanos en anglo-sajones, « y lo que es más, equivale á iniciar una guerra de razas que no podrá terminarse sino con la extinción de una de las rivales. » No advierten que por eso es imposible la unión como lo ha sido en la Luisiana, en Tejas y en la Florida y que, á pesar de que la primera no tenía más habitantes que europeos y africanos y las dos últimas estaban despobladas, el gobierno de Washington aprovechó el territorio para colonizarlo con población suya, mas no pensó en los antiguos dueños del país

como medios de gobierno. El que en la Florida había cazado á los indígenas como animales feroces, miró á los mejicanos con el desprecio y la compasión que naturalmente excitan los hombres que renegaron su patria.

